



La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Diputación, 292 - Barcelona

Año 1

Núm. 6

UNA NIÑA A LA MODERNA

*Comedia dramática de Warner Fabian, notablemente
interpretada por los prestigiosos artistas:*

*Colleen Moore, Myrtle Stedman,
Elliott Dexter, Milton Sills, etc.*

FIRST NATIONAL PICTURES

*Exclusiva de
L. GAUMONT,*



*Paseo de Gracia, 66
BARCELONA*





Una niña a la moderna

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El hogar de los Fentriss, en Nueva York, tiene de todo menos de hogar. En él se rinde culto a la más audaz modernidad y se considera "chic" el flirteo y la música estridente del "jazz-band".

La felicidad de las mujeres tiene por base el amor, y si el amor huye no queda más que la máscara de la dicha, que cae del rostro en cuanto se apagan las luces del salón y se marcha el último invitado.

Así Magda Fentriss, la dueña de la casa. Su marido le da todo cuánto desea: dinero, joyas, vestidos costosos..., todo, menos amor.

El doctor Roberto Terhaut, que goza de excelente reputación en la buena sociedad, es íntimo amigo de la casa y silencioso adorador de la belleza otoñal de Magda. Tampoco para él brilla la luz del amor, pero ha sabido encontrar un bálsamo poderoso en su científica profesión.

La vida descuidada que lleva Magda perjudica a su corazón, y varias son las veces que el doctor le ha aconsejado que morigere sus costumbres.

—Magda, si no quiere escuchar al médico, escuche al menos al amigo... Cuide ese cora-

zón, que puede darnos a todos un disgusto el día menos pensado.

—¡Bah! No es nada, doctor... La diversión es mi elemento...

Tres hijas tiene Magda. Tres niñas preciosas.

La mayor es Margot. Está en vísperas de casarse con uno de sus admiradores, el último.

Elisa, la segunda, no ha mucho que abandonó su soltería. No es, sin embargo, una mujer de hogar; se ha casado para poder dedicar más tiempo al "sport", su afición favorita.

Su marido, Eduardo Janesson, es un chico con pesetas, tiene ciertas cualidades, pero entre éstas no figuran tampoco las virtudes domésticas.

Como conocemos a estos personajes de nuestra novela en una fiesta de las que casi a diario se celebran en los salones de Magda, no tiene nada de particular que los veamos juntos.

—He aprendido un nuevo juego, muy emocionante—le dice Elisa a su esposo—. Préstame tu reloj, Eduardo.

—¿Qué pretendes hacer con él? ¿Jugar al golf? Quita, quita...

—No seas poco galante. ¡Ya verás qué divertido!

—Adiós mi reloj!

En efecto, Elisa manda a rodar el "longines" tocándolo con el mango de un bastón.

¡Qué entretenimiento más original!

Magda pregunta a Elisa cómo van sus re-

laciones conyugales, a lo que contesta la muchacha:

—Sí, mamá, Eduardo y yo nos llevamos perfectamente... No es que estemos locamente enamorados el uno del otro, pero tampoco nos tiramos la vajilla a la cabeza.

Por lo expuesto se habrá llegado a la conclusión de que las hijas mayores de Magda son un "encanto".

Porque hay otra muchacha a quien no hemos visto aún.

Eso último es debido a que la niña está en la cama.

Sus pocos años, no más de quince, le vedan la entrada en el paraíso artificial que ha creado su madre.

Magda considera a la menor de sus hijas como una verdadera hija. Esto parecerá raro, pero así es en realidad. Las dos mayores le parecen hermanas. Y la pequeña, como es la pequeña...

Dora es su nombre. Es muy inocente. Sin embargo, su madre ignora qué no hay inocencia que dure cien años. Y no sospecha Magda que para su niña, criada en un ambiente malo, las mismas trabas que le ponen a su juventud son un aceite para su curiosidad enfermiza, siempre ávida de conocer lo que constituye la vida para su madre y sus hermanas. Si atractivas son éstas por sus gracias naturales muy cuidadas, no se queda atrás Dora en esta materia. Frágil como una muñeca e inquieta como pajarillo que asoma su piquito

en el cálido nido, su aparición en las "soirées" celebradas en su propia casa trastornaría muchos espíritus conquistadores.

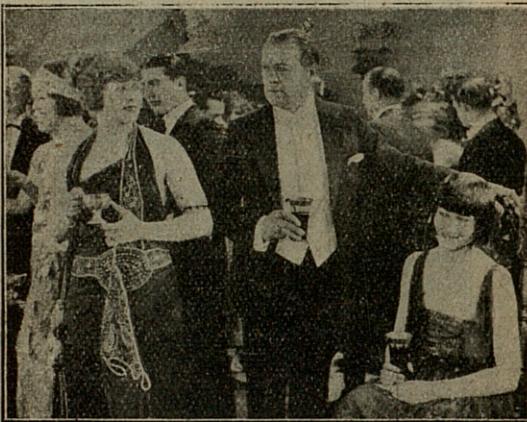
Es en esta noche de luz y alegría con antifaz, que Dora, por primera vez desde que sa-



...su aparición en las "soirées" trastornaría muchos espíritus conquistadores.

lió del colegio para pasar las vacaciones con su familia, se encuentra ante la tentación irresistible del tocador de sus hermanas. Y, la verdad, su simpática carita resalta con las vistosas "toilettes".

Ahora, como presentación complementaria de la "distinguida" familia, nombremos a Rodolfo Fentriss, el dueño de la casa. Su hogar es para él un ameno lugar de conversación, que frecuenta de vez en cuando, y considera a su esposa y a sus hijas como figuras ornamentales que dan brillo a sus millones.



...nombremos a Rodolfo Fentriss, el dueño de la casa.

Aquella misma noche se cumplió la profecía del doctor Roberto Terhaut: Magda sufrió en mitad de la fiesta un ataque al corazón, y fué conducida por aquél, sin llamar la atención de nadie, a sus habitaciones.

En ellas, algo reanimada, Magda habla en confianza con su amigo.

—Es una advertencia de mi corazón, ¿no es eso?... Me avisa que lo mismo que puede latir con lentitud, puede también pararse por completo.

—Es más que una advertencia, Magda... es un mandato. El corazón le ordena que viva usted una vida reposada y metódica.

—Dios me dejará vivir algunos años todavía... los necesarios para poner a Dora a salvo de esta vida falsa, en la que todos nos movemos como autómatas.

—Sí, Magda... Debe usted preocuparse del porvenir de esa niña. No le niegue el derecho a ver la luz, pues al salir a la claridad se deslumbraría. Ciertas concesiones son indispensables...

—Tiene usted razón, Roberto... Velaré por ella. No la quiero privar de la luz del sol, pero tampoco quiero que el sol la ciegue... como me cegó a mí.

—Así me gusta oírla hablar...

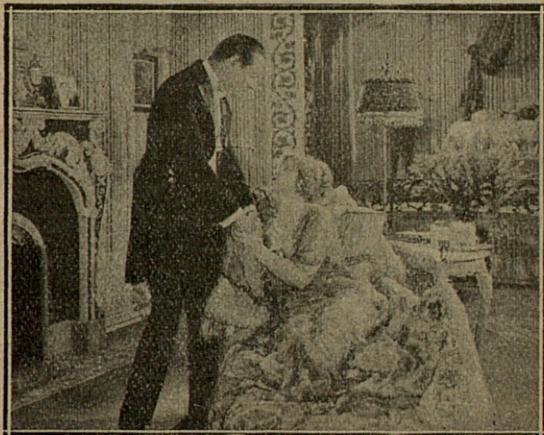
—Roberto, yo sé que usted me ama en silencio desde hace mucho tiempo... ¿Por qué no me habló usted nunca de su amor?

—Porque su amor pertenecía a un hombre y no podía usted darlo a otro, Magda. Además, no quería que mi nombre figurase en la lista de sus adoradores ni que mi retrato adornase su chimenea.

—Es usted un hombre cabal, Roberto... Mire ese retrato de ahí, amigo mío... Es el de un

caballero que me quiso como usted... que, sin duda, me quiere todavía... Está muy lejos de aquí. Se llama Fernando Scott. Es como usted, Roberto..., uno de los hombres mejores que he conocido.

—En la vida de casi todas las mujeres hay el nombre de un hombre que pudo hacerlas dichosas y dignas. Quizás en la de usted ese



—...¿Por qué no me habló usted nunca de su amor?

nombre es el de Fernando Scott. Pero... no se fatigue hablando, Magda...

—No sea rígido, doctor... Esta conversación alivia mi pecho... Todos los años, en el día en que tuvimos nuestro primer encuentro, Fer-

nando me envía una postal. Yo no lo recuerdo a todas horas, pero no lo olvido completamente... Me prometió venir a Nueva York algún día. ¡Me gustaría tanto volver a verle!

—No se canse, Magda, no siga...

—No es nada, amigo, no es nada...

Transcurrieron las horas, pobladas de inquietudes, para quien, a través de los libros de ciencia, había aprendido a conocer los secretos de la naturaleza humana.

Magda, que había ido empeorando, reposaba en su lecho.

De pronto, una doncella al servicio de aquella le avisa:

—Señor doctor... ¡la señora está muy enferma!

Roberto se reúne con su amiga y le oculta su emoción.

—Comprendo que ha llegado la hora de encararse con lo Desconocido, Roberto... pero no tengo miedo—le dice Magda sin desfallecimiento.

—No se alarme injustamente, mi buena amiga.

—No trate de fingir, que ya sé que mi vida se va extinguendo por momentos. Dígame, Roberto, cuando me vaya de aquí... ¿me escribirá usted?

—¡Qué ocurrencias tiene usted, Magda! ¿Usted cree que mis cartas llegarán a su poder?

—¡Qué sé yo! He oído hablar de casos muy

extraños..., de espíritus que rondan los sitios donde vivieron... y necesito saber de Dora.

—¡Mi pobre Magda!

—Usted me hará el favor de escribir con frecuencia, diciéndome todo lo que le sucede a mi hija, todo lo que acontece a su alrededor. Las cartas las dejará en el “secrétaire” que hay en esta pared... ¡Lo hará usted?

—Sí, Magda, sí.

—Haga usted llamar ahora a mi hija. Quiero hablar con Dora antes de que vengan los otros.

Esta acude presurosa al llamamiento de su madre enferma, y, con anticipación a su padre y a sus hermanas, recibe de ella sus caricias y consejos más cariñosos.

Siguieron desfilando las horas de aquella noche interminable. El corazón de Magda se había paralizado al fin, y el alma de Dora, por primera vez, se abrió al dolor.

Al correr de los años, el amor de Roberto Terhaut se convirtió en un culto, que le obligaba a adorar y a comunicarse con una muerta.

He aquí su primera carta:

Magda:

Mientras usted vivió, tuve el valor de callar el amor sin esperanza de que estaba lleno mi corazón; pero si es verdad que los muertos pueden comunicarse con los vivos, usted tendrá una alegría al leer estas líneas escritas con

la sinceridad de un hombre que nunca supo mentir...

Dora está entre nosotros. Ha abandonado el colegio para pasar con su familia las vacaciones de Navidad—la tercera Navidad que usted no ilumina con su presencia—. Es ya una mujercita, está terminando su educación, pero al lado de sus dos hermanas casadas me sigue pareciendo la niña de antes...

Mientras Roberto sigue escribiendo, Dora, que lee en el salón, donde se halla sola, recibe de un criado la noticia de que acaba de llegar a la casa un caballero preguntando por la difunta señora.

—¡Por mamá!—dice tristemente Dora—. Dígale que pase...

El visitante no es otro que Fernando Scott, quien, aunque tarde, había cumplido la promesa hecha a Magda de volver un día a Nueva York.

—Señorita, perdone que la importune... Soy Fernando Scott y venía a visitar a la señora Fentriß.

—Mamá murió hace tres años, señor.

—¡Qué!—dice usted, señorita!

—Sí, señor... Un ataque cardíaco la llevó al sepulcro... ¡Pobrecita!... ¡La conocí usted mucho, señor?

—La conocí... y la amé, cuando ella era libre... Ella también me amaba...

—Mamá nunca nos habló de sus relaciones con usted antes de casarse... ¡Se querían ustedes mucho?

—Su madre, señorita, fué el sueño más hermoso de mi vida... un sueño irrealizable, porque yo era entonces un pobre escribiente de Legación y ella era hija de millonarios...

—Indudablemente, debieron obligarla sus padres a casarse con un hombre de su misma clase... Con mis pocos años he llegado a comprenderlo... y por eso yo no me casaré con nadie por imposición de otro que no sea mi corazón. Mi idea sobre este punto es tan firme como mi nombre es Dora.

—¿De modo que usted es Dora, de quien su madre me habló tantas veces en sus cartas?... Pero yo la creía una niña... Me hace usted sentirme horriblemente viejo.

—No diga tal cosa, señor... Es usted aún... muy joven... Pero diga, diga: ¿qué le decía a usted mamá de mí?

—Su madre, en sus cartas de año en año, me hablaba mucho de usted y de sus hermanas. Un día me dijo: “*Espera a que crezcan, ruelve a América y cásate con una de ellas.*”

—¡Ah!... ¿Y usted esperó a que creciésemos?

—Sus hermanas deben ser ya unas lindas mujeres, ¿verdad?

—Sí... claro... son algo mayores que yo... pero están casadas... desde hace poco tiempo... pero casadas...

—Me alegra mucho. Son muy felices, ¿no es cierto?

—Sí... es natural... Yo... yo soy la única que se conserva todavía solterita.

—Ya me lo figuraba. Es usted muy niña aún...

—Acabo de cumplir diez y ocho años... aunque a usted le parezca que mi cara no los representa.

—Su carácter es muy alegre, señorita...

—Es innato en mí... No sé fingir, señor... Cuando una persona me es agradable, la trato como si la conociera de toda la vida.

—Pues, aparte de la infinita tristeza que me ha causado la cruel nueva de la muerte de la pobre Magda, celebro, señorita, que usted y sus hermanas sean dichosas. Le ruego salude a éstas de mi parte.

—No me olvidaré de ello. Pero ¿se va usted ya? ¿Regresará a Europa?

—Más adelante... Ahora iré a Wáshington, donde residen mis padres, con quienes pienso vivir una temporada, procurando olvidar que ya he dejado atrás la mitad de mi vida.

—En esta casa somos terriblemente americanos y usted viene convertido en un europeo... ¿No quiere que lo “reamericanicemos” nosotros?

—No puedo, señorita, no puedo... Estoy tan abatido... las diversiones me seducen tan poco...

—Debe usted volver. Papá, yo, todos nosotros tendremos una gran alegría al verle de nuevo.

—No me atrevo a negarme en absoluto a aceptar su cariñosa acogida... y volveré... Adiós, señorita.

Roberto aparece en este momento, tras de haber depositado su carta a Magda en el "secrétaire" que ella le indicara, y Dora presenta a los dos enamorados de su madre.

—El señor Fernando Scott, antiguo amigo de la pobre mamá... El señor Roberto Terhaut, doctor y amigo de la familia.

El doctor mira a Fernando con curiosidad,



—El señor Fernando Scott, antiguo amigo de mamá...

recuerda que Magda le dedicó su pensamiento hasta sus últimos momentos, y lejos de sentir celos por haber sido él quien interesaría verdaderamente su corazón, le estrecha afectuosamente la mano, y siguiéndole hasta la

calle, aprovecha la tormentosa noche para ofrecerle hospitalidad en su casa.

—Mi casa está ahí enfrente, y hace una noche infernal para regresar a su hotel. Sea usted mi huésped hasta mañana.

—Sería incorrecto de mi parte rehusar tan amable invitación.

Frente a frente los dos hombres que mucho amaron a Magda, el doctor habla de ella con su nuevo amigo.

—Sé quien era usted para ella, señor Scott. Me lo dijo la misma noche que murió. Crea que yo tenía un verdadero deseo de conocer a usted y decirle que su amargura por no haber podido gozar del amor de Magda, queda en exceso compensada con la seguridad de que su alma no perteneció nunca al que tuvo su cuerpo. El alma de Magda era suya, Scott.

—¡Nos queríamos tanto, doctor!... ¡Ah! Por el maldito dinero me la arrebataron. Yo era joven... y ella débil...

—Magda se casó con Fentriss por imposición paterna, pero jamás hubo entre ellos el más insignificante cariño. Ese casamiento no fué más que un cambio de la belleza de Magda con el dinero del millonario. Sus dos primeras hijas han hecho lo mismo y la felicidad a que tenían derecho no anida en sus hogares. La preocupación constante de Magda era el porvenir de Dora, la menor de sus hijas, a quien usted acaba de ver. Su intención era apartarla del peligroso ambiente que la rodeaba... pero su buen propósito fué tardío...

Entretanto, en su casa, Dora pensaba en Fernando Scott. Su rostro había penetrado en su espíritu de tal manera, que no sabía librarse de su recuerdo.

Su hermana Margot la sorprende en profunda meditación, y le pregunta intrigada:

—¿Con qué sueñas, Dora?

—Con aparecidos—responde ésta sin despertar.

Pasó el tiempo, y Roberto siguió fiel a su promesa de comunicarse con la muerta querida.

Magda querida:

Otra vez está aquí la primavera, poniendo colores en los campos y haciendo arder nuestra sangre con engañosas llamaradas de juventud. ¡Cuánto la echo de menos!...

Dora ha terminado sus estudios y está con su familia hasta que le llegue la hora de casarse.

Dora calla obstinadamente la impresión que le causó Fernando Scott, pero ésta no debe haber sido desagradable, cuando el diplomático la visita frecuentemente y ella parece encantada de estas visitas. Esta noche, la traviesa chiquilla lo ha hecho caer en el loco torbellino que constituye su medio habitual...

Sé que Pedro Standish, el "pollo" que presume de conquistador, pretende a Dora en casamiento. Ella, que sabe coquetear más de la cuenta, parece haberse asustado, no hace mucho, cuando su joven adorador ha pretendido

besarla... Es difícil adelantar el final de estas aventuras...

La iré escribiendo... Vele, desde arriba, por Dora... Yo velo, en lo posible, desde aquí.

—¡Qué simpático es este Fernando!—exclama para su almita encendida Dora—. Ayer se disculpó de verse en la obligación de rechazar mi invitación a la fiesta de hoy, y por mí,



...Sé que Pedro Standish pretende a Dora en casamiento...

¡oh, sí, por mí!, ha venido al fin. ¿Qué le estará diciendo a Margot? No está bien lo que voy a hacer, pero mi hermana no tiene por qué hablar con él...; ¡que hable con su marido, que se muere de celos!... ¡Hola, señor Scott! ¡Vamos a bailar?

El diplomático se resiste, pues la conversación con Margot le encanta; sin embargo, como Dora lo puja de la mano, no puede por menos de complacerla.

El esposo aprovecha la soledad en que queda Margot para censurarle su conducta.

—Margot, me parece de un gusto deplorable el que te dediques a flirtear en mi pre-



...parece haberse asustado, cuando su joven admirador ha pretendido besarla...

sencia. Ten un poco de miramiento, al menos mientras yo sea tu marido.

—Me alegro que me recuerdes que lo eres. Te veo con tan poca frecuencia, que casi había llegado a olvidarlo.

Como se ve, también este matrimonio es "ejemplar".

Dora se olvidaba hasta de sí misma en los brazos de Fernando.

—¡Qué buen bailarín es usted! ¿Quiere usted acompañarme al jardín?

—Ya empieza usted a burlarse de mí... como siempre...

—No se enfade. Verdaderamente, es usted a mi lado un anciano respetable, señor Scott... Pero a mí me gustan los ancianos... sobre todo cuando se parecen a usted.

—Le participo que todavía no me tiño las canas, niña traviesa... niña moderna...

—¿Es que he dicho algo malo? Me juzga usted una muchacha pervertida, ¿verdad, señor Scott?

—Los aires que usted respira aquí no son los que convienen a su naturaleza, Dora. Esto está envenenado... no me gusta... y a una mujercita como usted no debiera agradarle intoxificarse de absurdos conceptos...

—¡Es usted tan diferente de los otros hombres que conozco!... Siempre que hablo con usted, me avergüenzo de mí misma. He sido muy loca, muy loca... tan loca, como buena y cuerda voy a ser en adelante.

Fernando Scott ha llegado a convencerse a sí mismo del inminente peligro que corre de enamorarse de Dora y de no poder reprimir el anhelo de estrecharla contra su pecho para

besarla confesándole su pasión, y ante el temor de un desengaño, opta por alejarse de Nueva York.

Dora, ajena al propósito del hombre en quien adora, habla con él llena de esperanza.

Fernando hace un esfuerzo para librarse de la influencia de la deliciosa muchacha, y con mucho trabajo pronuncia la frase de despedida.

—Mañana salgo para Washington.

—Pero volverá usted la próxima semana, ¿verdad, Fernando?

—No volveré, Dora... no volveré más...

—¿Se ha incomodado usted conmigo?

—No, Dora, no...

—¡Oh! Usted no dice lo que siente, Fernando... ¡Usted se marcha porque me aborrece... porque no me quieras! ¡Habla, Fernando, habla!

—¡Dora, Dora de mi vida!... ¡La amo a usted... te amo como no he amado nunca... pero comprendo que no tengo derecho a sacrificar tu juventud!

—¡No me abandones, Fernando! ¡Yo sé que te quiero con toda mi alma!

Es inútil que el diplomático se haga toda clase de reflexiones: Amor le ha vencido y ya no es más que un juguete suyo.

Así, pues, los enamorados hablaron de su cariño, cambiaron entre sí los juramentos más apasionados, pero no pudieron detener la marcha del Tiempo, y llegó la hora de partir.

—No me es posible detenerme más, Dora.

Debo marchar por la mañana y aun no he preparado el viaje.

—No tardes mañana... No dormiré pensando en ti... ¡Te quiero tanto, Fernando!

—¡Mi Dora!

Para Margot, como para su hermana Elisa, no brillaba la luz del hogar.



—¡No me abandones, Fernando! ¡Yo sé que te amo con toda mi alma!

Dora ha tenido ocasión de comprobar una vez más la desventura de ambas, y en su espíritu infantil se aferra el convencimiento de que no está la felicidad en la vida de casados.

Fernando vuelve a la mañana siguiente a

gozar cerca de su amada, en espera de la hora de la separación por algunos días, y Dora ha decidido decirle algo muy importante.

Fernando está locamente prendado de ella y la ama como en otros tiempos amara a Magda. No parece sino que sea a ella a quien ama en Dora.

—Sin tu amor ya no puede haber felicidad para mí. Cuando regrese, pediré tu mano—le dice entusiasmado.

Y es entonces cuando Dora le expone su criterio respecto al matrimonio.

—Fernando... yo había pensado que sería mejor que no nos casásemos...

—¿Cómo? ¿Qué dices?... Entonces ya no me amas?

—Te amo demasiado, Fernando, y por eso no quiero exponerte a perderte.

—¿Quién te ha imbuido a hablarme hoy así, Dora?

—Yo misma. Mira a mis hermanas Margot y Elisa... Las dos se casaron enamoradas de sus maridos, como yo estoy enamorada de ti... pero llegó el matrimonio y mató el amor.

—El matrimonio mata solamente el amor de los sentidos, Dora... Pero el nuestro es diferente... es amor del alma.

—Todos creen lo mismo antes de casarse, pero luego se convencen de su error.

—Mírame a los ojos, amor mío. Desecha esos infundados recelos. Cuando regrese de mi viaje a París, a donde voy para arreglar

mis asuntos, serás mi esposa y te probaré lo equivocada que estás.

Unos días después, Roberto escribe a Magda una nueva carta.

Hoy al escribirte, Magda querida, me asalta una duda: ¿estaré Dora realmente enamorada



—Mírame a los ojos, amor mío. Desecha esos infundados recelos.

de Scott? Recientemente, un amigo me dijo que Fernando se ha embarcado ya para Nueva York.

Pero Dora parece haber olvidado por completo a su prometido, y, según deduzco por mis observaciones, es Pedro Standish quien se

lo ha hecho olvidar. Como esto me intriga mucho, hoy he aprovechado un momento para interrogarla así:

“—Háblame con franqueza, Dora. Pedro Standish ha conseguido ser tu novio, ¿verdad?

“—Sí, Roberto.

“—Sin embargo, tú me dijiste que habías entregado tu corazón a Fernando Scott.

“—No consigues penetrar en mi pensamiento, Roberto... Voy a explicártelo. Si yo me casara con Pedro Standish y un día me engañara, me quedaría tan tranquila, porque no siento por él más que un afecto muy superficial. Pero si mi marido fuese Fernando y me sucediese ese caso, me mataría... Por eso quiero huir del peligro y buscar la tranquilidad.”

Ha sido en vano que he intentado aconsejar acerca de tan delicada materia a Dora, y no sé cómo terminará este asunto.

Lo que ignoraba Roberto era que Pedro y Dora habían celebrado la siguiente trascendental entrevista:

—Dora, por centésima vez he venido a preguntarle si consiente usted en ser mi esposa.

—Entendámonos. Acepto únicamente en el caso de que nuestro matrimonio sea sólo una unión de camaradas... Mi libertad, como la de usted, absolutamente respetadas.

—De acuerdo, Dora.

—Bien. Pero, Pedro, ¿está usted seguro de que no hay ninguna mujer que tenga más derecho que yo a su amor?

—Quizás haya alguna... ¡Mas eso no impor-

ta, Dora! Los pecados de la juventud quedan absueltos en el momento en que uno se casa.

—¡Ah! Con razón temía yo que ha tenido usted muchas aventuras, con consecuencias o sin ellas. No obstante, como usted opino yo que en el casamiento se cierra el pasado.

—Ya me figuraba que iba usted a seguir este camino... ¿Está usted contenta de mi lealtad?

—Sí, y voy a pagarle en la misma moneda. Yo me encuentro en el mismo caso de usted.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué ha pertenecido a otro hombre? En ese caso, usted comprenderá que es una quimera pretender que yo me case con usted. ¡No lo hubiera creído nunca!

—¡Le ha sublevado mi sinceridad, hermana de la suya! ¡De modo que lo que en usted considera una ligereza disculpable, lo encuentra en mí una falta monstruosa! Después de esto, ya debe usted suponer que nuestro matrimonio queda roto sin remedio. Comprendo que la libertad sería para usted, pero no para mí.

—Dígame quién es ese hombre!

—Nadie. Quise probar hasta dónde llegaba su tolerancia, y la prueba no me ha dejado satisfecha.

—Dora, no lleve las cosas a ese extremo...

—Todo está hablado entre nosotros, Pedro, y nada me hará variar de pensamiento.

—Así, pues, decididamente...

—Considéreme muerta para usted.

Por la noche, encontrándose Roberto en casa de ella, Dora se dirige a la habitación de su desaparecida madre, y abre el "secrétair" donde aquél deposita las cartas para la di-



—¿Por qué has hecho eso, Dora?

funta.

Roberto, casualmente, la descubre y la reprende muy severo por su sacrílega curiosidad.

—¿Por qué has hecho eso, Dora?

—El día de su muerte, mamá me enseñó la combinación de esta caja. Ella te pidió que le escribieras a menudo de mí... Quiero ver mi conducta reflejada en esas páginas que has escrito a una muerta.

—¡Pobre Magda!... Renunció fácilmente a la vida, pero no pudo renunciar a seguir siendo tu madre, aun después de morir.

En este instante un criado anuncia, dirigiéndose a Dora:

—El señor Stenak está esperándola en un auto, señorita.

—Voy en seguida.

—¿Stenak? ¿El violinista que tu padre ha contratado para algunas de sus fiestas?

—El mismo. Es muy amable conmigo y he aceptado una invitación suya para asistir a un concierto en una "soirée" en paseo por el mar.

—¡No vayas con ese hombre, Dora! No le conocemos a fondo y no sé por qué me parece que eso de un concierto nocturno a bordo de un yate es algo sospechoso.

—Stenak es un caballero y puedo ir confiada con él.

—¡Te lo prohíbo... en nombre de tu madre!

—Pues no te obedeceré. Quiero vivir por mí misma, por mi propia experiencia. ¡Iré con el violinista!

Stenak condujo a Dora a un lugar poco recomendable. Era un bardo de burladores de la ley seca, en el que además tenían albergue todos los vicios.

Lo del concierto era un subterfugio de Stenak para que Dora fuese con él.

Como al "virtuoso" le gusta extraordinariamente la inocente muchacha, le ha llenado la cabeza de fantasías para atraérsela sin prevención.

—¿Quiere que, casándonos, emprendamos un largo viaje juntos, en pos de la dicha?—le propone—. Nadie como yo puede amarla. Usted será la que siempre me inspirará y con mi arte recorremos triunfalmente el mundo entero... Se ha quedado usted pensativa, Dora... ¿Qué dice usted?

—Necesito pensarlo primero.

Una mujer que se halla en el yate llama a Dora y la pone en guardia contra el engaño del violinista.

—Señorita, Stenak es un antiguo amigo mío, y por lo tanto, deseche la idea de hacer un viajecito en su compañía.

—Le advierto a usted, señora, que sé guardarme yo sola.

—Nadie más que una niña como usted puede tomar en serio a ese botarate de Stenak.

Este interviene, furioso contra su amante, y procura tranquilizar a su ingenua conquista.

—No le haga usted caso, Dora. Son los celos los que dictan sus palabras.

Dora comprende qué clase de hombre es el músico, y lo rechaza con repugnancia.

—¡Le juro que si da un paso me tiro al mar!

Stenak no sigue más indicaciones que las que le da su cinismo, y como Dora lee en sus ojos la criminal pretensión que lo domina, huye despavorida hacia cubierta, y, viéndose tenazmente perseguida por el miserable, se arroja, conforme lo había prometido, en el mar.

Fernando llegaba entretanto en casa del doctor.

—¡Qué sorpresa, amigo mío! ¡Sin avisar a nadie!—exclama el segundo.

—He querido presentarme a Dora de improviso. Creí que llegaría más temprano. Como no puedo saludar a Dora por lo intempestivo de la visita, ¿quiere usted hablarme de ella?

—Permítame unos instantes... Me llaman al teléfono... ¿Quién?...

—¡...!

—¡Vuelo allí!

—¿Alguna desgracia?

—No sé qué cosa horrible le habrá sucedido a Dora... Está delirando.

—¡Vamos corriendo!

En sus habitaciones, que fueron las de su madre, Dora ha sido depositada en un sofá en espera del doctor.

Sus hermanas están consternadas. Junto a ellas se hallan sus sendos maridos. El dolor que les produce el estado de Dora los ha reunido y una corriente de mutuo perdón se establece al despertar sus almas.

— ¡Quiero ver a mi madre... la necesito!... ¡Mamá! ¡Madre mía! ¡Mamá! ¡Mamita!... ¡Te necesito más que nunca!—grita Dora con desespero.

Llegan el doctor y Fernando.

Se enteran de todo. Dora acaba de ser trasladada del puerto a su casa por unos pescadores que la salvaron de una muerte segura.



No reconoce a nadie... ni al propio Fernando.

La emoción ha turbado su cerebro.

Roberto pone a contribución toda su ciencia y su fe para salvar a Dora.

La muchacha llora amargamente como presa de terrible espanto.

No reconoce a nadie... ni al propio Fernando, que sufre atrocmente.

Después de detenido examen de la paciente, el doctor anima a su amigo.

—Tenga esperanza... Ella le ama a usted y quizás se salvará para ser feliz a su lado.

—¡Dora! ¡Dora querida!... ¡Háblame!—suplica el diplomático—. ¡Soy yo! ¡Soy Fernando! ¡He vuelto para no separarme más de ti!

Y tras de mortal silencio de todos, Dora pronuncia en delirio su propia salvación:

—Si Fernando no vuelve pronto, yo iré a buscarlo...

—¡Salvada, amigo! ¡La voz del amor ha vibrado con acordes de vida!—afirma el doctor mirando con lágrimas en los ojos el retrato de Magda.

—¡Mi querida Dora! ¡Gracias, Magda, por no haber permitido que tu hija muriese! Me casaré con ella. ¡No te sonrías? Cumpliré tu deseo. En Dora os amaré a las dos.

Y, ya lejana aquella trágica pesadilla, brilló para Dora y Fernando la aurora boreal de la felicidad.

. FIN

Esta novela se anunció en el número 5 bajo el título LLAMAS DE JUVENTUD, pero el verdadero título de la película es UNA NIÑA A LA MODERNA.

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
JAQUE CATELAIN*

PRÓXIMO NÚMERO:

¡Sensacional!

*Edición popularísima de la grandiosa novela-
argumento*

La Hermana Blanca

*(con la debida autorización de La Novela Se-
manal Cinematográfica que la ha publicado en
su Biblioteca*

Los Grandes Films)

*La más genial creación de
LILLIAN GISH*

10 fotografías :—: 30 céntimos.

Postal-obsequio: ALICE TERRY

*La Novela Femenina Cinematográfica
Sale todos los viernes en toda España*

